

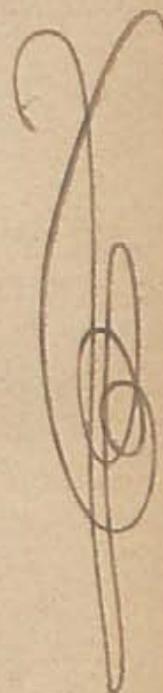
## Bellezas del Espiritismo

¿Quién es aquel ser que, dotado de razón y de conciencia, en sus ratos de ocio, en sus momentos de tristeza y sufrimiento y en sus efímeros instantes de alegría, no se ha sentido agobiado bajo un peso abrumador, simil a una densa nube, que, ejerciendo presión sobre su yó, le sume en una aterradora ambigüedad de pensamientos para hacerle temblar ante la idea de un sepulcro frío y sombrío, donde todo se acaba, donde el *bien* y el *mal terminan*, y donde la *inteligencia* y la *ciencia* se confunden con las oscuras sombras del *no ser*, de la nada...?

Desde el ascético que lo ultra concibe, hasta el abstruso materialista que *por fin tiene el sepulcro*, todos sin excepción, han sentido este depresivo peso, que anonada al yó y que con majestuosidad inexorable empaña las mas escenográficas perspectivas místicas y derroca los oscuros horizonte del *agnosticismo*

Todos piensan, todos meditan, todos buscan a hallar el problema del *ser* y del *destino*; pero el prejuicio y las ideas preconcebidas y mal coordinadas, base de sus inquirimientos, les lanza a un páramo metafísico donde, languididos sus espíritus por la oscuridad, que les rodea, lanzan unos el pensamiento, trémulo, hacia las ignosidas siderales buscando el incógnito de sus preocupaciones; pero la carencia de un rudimento solidificador, de un fundamento primordia!, les coarta su curso para circunscribir sus mentes a la idea de un semiespiritualismo vago y sumamente inverosimil.

Y otros, temiendo encontrar la verdad, se dejan arrastrar por el torbellino de las confusiones en el que luchan impetuosamente por salir de su caos; pero atenuadas sus fuerzas psíquicas por la fatuidad y el orgullo de sus juzgadas presunciones, con alardes de omnisciencia aumen-



tan el rol del escepticismo creyendo encontrar en él el dilucidamiento del enigma que les envuelve.

Pero ese hálito divino, ese sentimiento innato que en germen trae el ser desde su éxodo de las manos del Creador, del Poder Sumo, y que es inherente a la conciencia, le impulsa a fijar retrospectivamente su visual hacia la lontananza *del ayer*, que su pasado envuelve, para que de ella desentrañe ese insoluble misterio, que tan inextricable se le presenta y que su *yo* anonada; mas el prejuicio que su debilidad ha forjado es ya tal, que la brumosa densidad de los oscuros pensamientos, que su mentalidad ha aglomerado, repele la intuición del inmanente sentimiento, que a la comprensión del infinito le llama y con rapidez deleznable le hunde en la sima del gran maremagnum del oscurantismo.

Y así, tanto unos como otros, asediados por el sufrimiento psicológico y con la psiquis obstruída, van dando fomento al burdo materialismo, acrecentando la misantropía y dando estímulo a obtusas y cretinas mentes para impulsarles a la rotunda negación de una Causa Primera y de principios inteligentes...

\* \* \*

Allan Kárdec dijo: «El Espiritismo será científico o no será» Y nosotros sus discípulos estudiando intrínsecamente sus palabras encontramos que la idea del maestro fué decirnos que, El Espiritismo, de ser científico o de no ser, el Tiempo, atributo de la Divinidad como bien dice Cesar Bordoy, y por tanto único revelador de los grandes arcanos que Natura en sus inconmensurables regiones encierra, nos lo demostraría gradual y paulatinamente.

Y atemperándonos a sus palabras y a estas nuestras palabras, preguntamos: ¿Qué ciencia, qué filosofía, qué doctrina ni qué religión han podido dar hasta el presente una completa descripción de lo que el ser *fué, es y será*, o de donde procede, por qué viene, y a donde va?

Es indubitable que ni la ciencia (material) ni las religiones han podido dar hasta ahora un completo desarrollo de este trológico ex-enigma; pues la ciencia, circunscribiéndose siempre al exiguo límite de sus *rudimentarios y restringidos conocimientos*, siempre ha tenido el prurito de considerar lo transcendental como pura anomalía; y de aquí que sus definiciones, en todos tiempos, han sido y son incompletas por la carencia de verdaderos y fundamentales principios metafísico-psicológicos. Y si son las religiones, al entrar en dilucidaciones bajo sus anómalos dogmas, no han sido menos desacertadas... La idea o creencia de nuestros *bíblicos ascendientes* han pasado al libro de las alegorías y de las mansiones plutónicas y las del *reposito retribuido*, con los incontestables progresos del espiritualismo, han sido repelidas al sopor de la fantástica *Mil y una noches*...

Mas el científico Espiritismo con su especiosa filosofía, que se halla inundada de una plétora de axiomas extraídos y emanados del gran arcano, que se oculta allá en el incognoscible, y como portavoz de esa Verdad Divina, cual fiel mensajero empezó a cumplir su asignada misión, haciendo luz sobre la oscuridad; y rasgando el velo de lo ultraterrestre, abrió camino a la ciencia para dar estímulo a sus lucubraciones. Y los hombres preclaros, fomentándolo, sobre la abyecta humanidad, el bálsamo y el nectar del consuelo derramaron, demostrándole paulatinamente en el terreno de la razón y de la lógica, que la vida no termina donde empieza un sepulcro; sino bien al contrario; que ese pavoroso y oscuro rincón de la tierra, espanto y horror de la ignorancia, es la continuación de ella en sucesivas evoluciones. Y de no ser así, *qué sería de la humanidad?... ¿Qué sería el Cosmos?...*

¡Ah! la colera del subyugado y del indigente estallaría, la tierra convertiríase en necrópolis y su norma sería la efusión de sangre. ¿Pues porqué el ser que yace en la abyección y en la miseria, habría de sufrir la monotonía

de una vida llena de amarguras y el yugo de las tiranías? ¿Porqué, en fin, habría de sucumbir bajo los rigores de una relajada sociedad, si al fin y al cabo como recompensa obtendría el descanso de un *sueño eterno*? ¿Cuanto mejor no sería renunciar a la vida?... Mas valdría... Pero no; en el microcosmos hay algo más que materia; algo indefinido, impalpable, e imponderable, e indestructible por la muerte. Y ese algo, del cual *conserva un vago recuerdo*, le hace esperar sin saber porqué: una voz oculta constantemente le dice: espera... espera... aun hay un *más allá*. . Acuérdate le las palabras del maestro: «¡Ay de aquellos cuyo fin es el sepulcro!»

¿No comprendes que la finalidad de la vida en el sepulcro sería la completa negación de Dios, de la Gran Causa, que rige en el Universo?... El libro de la Naturaleza es infinito; hojea sus hermosas páginas y de ello te convencerás.

Y así, impelidos por esa voz íntima semejante a una magnética fuerza, que ejerce poderosa acción en nuestro *yó*, seguimos luchando entre medio de la vicisitudes materiales contrastando los oscuros pensamientos, que nos acometen y abruman hasta que poco a poco, inquiriendo en la Naturaleza, nuestra visual se habitúa a la *lux* y rasga el velo de lo invisible; y penetrada ya, en parte, la sombra que lo envuelve, deducimos inconcusamente que la tumba no es mas que el crisol de la materia donde sus componentes se disgregan para unirse a la masa primitiva después de haber roto el espíritu los fluídicos lazos, que a ella le unian para remontarse a lo sidéreo en prodigiosa y ascencional carrera, o para tornar al lado de seres queridos para darles inspiración y protección espiritual cual lo hicieran los espíritus de Miriel y de Fantina con el *valiente* Juan Valjean para que las persecuciones del rígido Javert burlase.

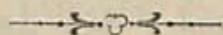
Pero la humanidad escéptica, que el error se asimila y la verdad repudia, no se para a estudiar las hermosas páginas de las *Miserables* de Victor Hugo; Le Horla de

*Guy de Maupassant; El hermano Pacífico* de Paul Féval; y hace caso omiso de la medianímica obra *Marietta* y del inspirado *Te perdono* de Amalia Domingo Soler, obras todas que en su fondo se ve reflejada la existencia de un algo imperecedero residente en el ser humano y que está unido temporalmente al pesado cuerpo, que le ayuda a su interminable evolución progresiva: unas nos hacen concebir la idea del prevalecimiento anímico, y otras nos dan a comprender su preexistencia al traves de remotísimas etapas, la necesidad de su progreso, y su vuelta a la tierra para la adquisición de nuevas envolturas...

¡Oh hermoso y sin par Espiritismo! ¿Cuándo acabará la humanidad de comprender tus inefables bellezas? ¡Ah! ya pronto; pues la colosal lucha secular, que el error mantenía contra la verdad, viene ya a su fin: el dogmatismo, que tanto tiempo ha venido tergiversando la moral, la gran verdad, se confunde con el *nihil* y sus secuaces huyen furibundos y despavoridos a ocultarse entre las sombras de su degeneración...

La ley urge, el progreso se impone y la humanidad necesita luz; y como quiera que la *luz* está ya *derramada sobre toda carne*, es preciso que *esa luz* sea difundida por todo el Cosmos; porque con su eximio atributo de «Reencarnación», base principal del progreso, emancipará a la humanidad de guerras sangrientas, y ayudándole a enhiestar la bandera del Amor y de la Paz, la conducirá gloriosamente a la meta de sus aspiraciones.

BERNARDO RAIDÁ.



### Contestaciones sobre los Folletos Pacifistas publicados por "La Evolución"

—«*Paz, Unión y Progreso*. Libro del Sr. Manuel Navarro Murillo, de Barcelona. Es un magnífico trabajo, que honra a su autor, y que aprecia con un criterio justo y libre, las relaciones del Pacifismo con la vida y organi-

zación sociales. Concordamos plenamente con su modo de ver y lamentamos que el limitado espacio de que disponemos no nos permita transcribir algunos de sus fragmentos más interesantes. Procuraremos, sin embargo, hacerlo en algunos de los números siguientes, acompañándolos de más extensa apreciación».

«*Liga Pacifista Portuguesa*». Porto, Portugal, Año primero, num. 3. Mayo de 1907.

— «*Paz, Unión y Progreso* por Manuel Navarro Murillo. Con el indicado título, recibimos un pequeño folleto, impreso en Barcelona.

Trata el Sr. Murillo, en 30 páginas de buen papel y buena impresión, de las causas, que deben unirse para producir la paz universal y la concordia fraternal en los pueblos, y por consiguiente el progreso de la humanidad.

Dá como base de este gran edificio, la solidaridad, que debe existir en todos los actos y fuerzas humanas. Predica un socialismo racional y no revolucionario, que condena como nocivo. Combate las guerras y todos los elementos revolucionarios; quiere la evolución, la paz y unión en todos los ramos de la actividad humana. Discurre con bastante sentido sobre los factores de la producción: «La naturaleza con sus dones, agentes y fuerzas; la tierra y sus materiales; el hombre por la mano de obra, la energía, la actividad, la habilidad, la inteligencia y el talento; el capital individual, societario y colectivo, el dominio social etc., etc. Y que todo se reduce a tres—Naturaleza—Hombre—y Capital; triada básica de la solidaridad humana. Entra en los desvios producidos por esas fuerzas, las de la naturaleza, las humanas y las del capital, que deben ser armónicas. Su lucha es deplorable, producida principalmente por la ambición de lucro ó de mando, y que se resume, como dice muy bien su autor en la *Idolatría al becerro de oro*. «*Aurora*». Pontal, Brasil. 2—6—1907.

— «*Paz, Unión y Progreso*, por Manuel Navarro Murillo.

Precio de cada ejemplar, 0 50 pesetas. Oficinas: Calle de Urgel, 113, principal 1.ª Barcelona, 1907, 36, p. en 8.º

M. N. Murillo es un pacífico convencido, que se esfuerza en propagar en su país los principios expuestos en este pequeño opúsculo: la solidaridad, la Paz, la seguridad universal, y el arbitraje».

«Correspondencia bi-mensual», Berna, Suiza, 10—6—1907.

(Continuará)

---

◆

## Bibliografía

MEMORIAS DE PHILOSTRATO, DAMIS Y APOLONIO DE TYANA

—Por José Gimenez Serrano, M. S. T.; 148 páginas en 4.º; Librerías de Juan Torrents y Coral y S. R. Maynadé Precio 2,00 pesetas, rústica.

Con motivo del volumen, «Apolonio de Tyana por G. R. S. Mead», ya dimos nuestra sucinta opinión en LA EVOLUCIÓN, AÑO IV,º PÁGINAS 12 y 13; y como no es cosa de repetir lo de entonces, ampliamos examinando otros aspectos. El librito, no solo contiene fenómenos extraordinarios, que llaman poderosamente la atención del lector, le entretienen agradablemente, y estimulan a profundizar los estudios psicológicos; sino que también le inducen a las investigaciones críticas, labor utilísima para la ciencia.

Ya sabemos todos que en la Antigüedad hubo, en materia de testimonios, abundancia de tradiciones, leyendas, invenciones, hipótesis, creencias puramente subjetivas y mitos; lo que originó gran exuberancia de apócrifos; y no hay que olvidar esto, al tratar de personajes aficionados a la teurgia, taumaturgia, y aun las ciencias de entonces, acaparadas por filósofos y sacerdotes, bajo los velos del secreto, y que reunían en una pieza, los papeles de astrólogos, naturalistas, médicos, hechiceros, y aun políticos.

Parece ser que Apolonio era un entusiasta como Simón el Mago, Peregrinus Proteus, ú otros de épocas distintas; y si sus hechos caían en manos de sus panegiristas, poco escrupulosos, se explican bien todos los galimatías llamados históricos, con sus consecuencias sociales.

Apolonio, según los indicios, fué un Caballero Andante, curioso, é inquieto, que no podía parar mucho tiempo en parte ninguna. Buscaba muy lejos, misterios, que en parte dejaba cerca de casa, y podían haberle ofrecido los kabalistas, esenios, terapeutas, herméticos, judíos helenizantes, apóstoles, gnósticos incipientes, y sus contemporáneos Pablo y Juan, el Anciano; y sin embargo, no hizo gran caso de ellos. Por otra parte, hay síntomas en él de contagios mundanos ligados a la política. Su vida abraza los reinados de Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Vespesiano, Tito, y Domiciano. La polémica ha podido desfigurarle y no entramos en este terreno.

¿Pero qué misión trajo, si protegía los templos gentílicos, y al parecer, desconoce al tierno y piadoso Galileo? Hondo es este problema.....

Como sus biografías dan pocos documentos de sus testimonios, hay para sospechar que los neopitagóricos entusiastas del héroe de Tyana, nos han legado en gran parte una leyenda alegórica muy parecida a las de otros ribereños del Mediterráneo.

Aparte de nuestro excepticismo parcial histórico, el librito tiene bellas páginas, como las 31 y 32 sobre los progresos del siglo de Augusto.

«*La letra mata, el espíritu vivifica*», decía el filósofo de Tarso de Cilicia.....

